

PRESENTACIÓN

RAFAEL CORAZÓN GONZÁLEZ

Doctor en Filosofía

Este libro reúne dos Cuadernos de Anuario Filosófico publicados en 1993, el primero titulado *Claves del nominalismo y del idealismo en la filosofía contemporánea* y el segundo *El conocimiento habitual de los primeros principios*. Ambos fueron publicados como un solo libro en 1997 (primera edición) y en 2001 (segunda edición) pues Polo consideró que el tema tratado el mismo, según dice en la Presentación.

La fecha de publicación, tanto de los Cuadernos como del libro, puede llevar a equívocos, porque se trata, en realidad, de dos cursos dictados por Polo varias veces y en distintos lugares. En concreto, el primer Cuaderno (primera y segunda parte del libro) corresponde a un curso de filosofía contemporánea sobre «El idealismo frente al nominalismo, y la producción», impartido en la Universidad de Navarra en el curso 1980-81 y repetido –con las correcciones y añadidos que Polo considerara oportunos– al menos en el verano de 1984, así como durante el curso 1984-85, en Bogotá. La transcripción de las grabaciones hemos de agradecerésla, como en tantas otras ocasiones, a la Dra. María José Franquet.

La tercera parte del libro, sobre «El conocimiento habitual de los primeros principios», corresponde a un curso de doctorado sobre el conocimiento habitual dictado en la Universidad de Navarra en 1983 y repetido en Pamplona y en la Universidad Panamericana de México el año 1992.

En principio, por tanto, tenemos dos libros, que Polo funde en uno, no porque el tema sea el mismo, sino porque el segundo es la solución a los problemas planteados en el primero. ¿De qué trata, pues, el libro y qué aporta?

La aportación de Polo, en esta obra, es fundamental, hasta el punto de que él mismo hace notar que alguna de sus tesis no se encuentra en los filósofos clásicos ni en los modernos. Su originalidad –recuérdese que Polo nunca quiso ser original ni pretendió proponer novedades, sino que siempre quiso «enlazar» con los planteamientos clásicos y medievales para desarrollarlos– es, en este caso, expresa y manifiesta. De ahí su importancia. Pero, ¿de qué trata y qué aporta Polo?

El primer Cuaderno llevaba por título *Claves del nominalismo y del idealismo en la filosofía contemporánea*. Este dato es el punto de partida: Polo expone convincentemente que el intento de Husserl de volver a la metafísica bajo el lema «vuelta a las cosas mismas», es, en realidad, una recaída en el idealismo, tratando de superar el cientificismo; una teoría antimetafísica decididamente nominalista.

El repaso de las diversas corrientes de pensamiento que Polo realiza en este Cuaderno tiene como finalidad hacer ver que el voluntarismo nominalista – *mala quia prohibita*– ha sido «superado», una y otra vez, en el pensamiento moderno y contemporáneo, convirtiendo la doctrina clásica de las propiedades trascendentales del ser en una lógica modal que anula el estudio del ser y lo sustituye por una actitud sujeto-objetualista.

El nominalismo –si aún admite la existencia de las ideas– es un objetualismo: una actitud de atenencia al objeto pensado que sólo permite «fingir» teorías hipotéticas. Llevado a sus últimas consecuencias, este ficcionalismo tiene muy poco que ver con la realidad –con el ser–, hasta el punto que el proyecto de «verificar» las hipótesis es una «monstruosidad epistemológica», ya que previamente se ha desechado la intencionalidad del conocimiento.

Salir del nominalismo, una vez que se ha admitido el objetualismo, es tarea imposible. Por eso dice Polo, refiriéndose al idealismo: «la solución del problema de los universales es la antítesis del nominalismo en su mismo plano. Salvar la verdad a toda costa no significa que el ser es verdadero, sino que la verdad no necesita del ser». El idealista es un *tramposo* porque se mueve en el mismo plano que el nominalista y, por tanto, no abandona el planteamiento de fondo, el problema que dio origen al nominalismo.

Pero el idealista no cree estar «fingiendo»: la verdad se autofunda porque, en realidad, la funda el sujeto. De esta manera se pasa del objetualismo al sujeto-objetualismo; el primero se atiene al objeto; el idealista pone al sujeto como fundamento de la verdad del objeto.

¿Cómo es posible este «juego» o inversión del planteamiento nominalista? Aprovechando un resquicio abierto por el voluntarismo nominalista: si las hipótesis son posibilidades, es posible transitar hacia la «necesidad», ya sea al modo de Leibniz, de Kant o de Hegel. También, aunque de otro modo, realiza este tránsito Husserl, y Heidegger no llega a cumplirlo porque advierte, al estudiar a Nietzsche, que la verdad –teóricamente autofundada– ha sido «construida» por el sujeto.

Aquí está el núcleo de las dos primeras partes de esta obra de Polo, expuesto claramente en expresiones como las siguientes: «el idealismo no es propiamente una teoría de los trascendentales, sino una teoría de los modos»; o bien: «para un idealista –salvo agnosticismo– la realidad es el mismo contenido inteligible con la intensidad que le confiere la necesidad modal». Si para Leibniz la posibilidad absoluta equivale a la necesidad, para Hegel la verdad es el todo, pues en el todo no hay lugar para la posibilidad. Necesidad, por su parte, equivale a ser.

La última parte del libro, que recoge el Cuaderno sobre el conocimiento de los primeros principios, no tenía, en principio, relación alguna con las partes anteriores, pues corresponde a un curso de doctorado dictado por primera vez tres años después del curso sobre el nominalismo y el idealismo contemporáneos. Pero Polo advierte que, después de lo tratado en las dos partes anteriores, «conviene exponer el realismo, para justificar la tesis según la cual el primer trascendental es el ser».

Sin el ser no pueden darse ni la verdad ni el bien, salvo en las versiones idealista y nominalista, en las que los trascendentales son sustituidos por las nociones modales. Por tanto, la tercera parte completa y da respuesta a las cuestiones planteadas anteriormente.

La novedad de esta parte del libro es, en cierto modo, absoluta, pues aunque en la tradición aristotélico-tomista se hable del hábito de los primeros principios, la formulación de estos principios se había realizado siempre mediante el conocimiento objetivo, dando lugar no sólo a contradicciones entre los distintos filósofos, sino incluso a aporías insalvables. Por eso Polo advierte –y este es el

núcleo de su pensamiento— que el ser no es objetivable, porque así no se distingue de la verdad.

Aristóteles dijo que el primer principio es evidente, precisamente por ser un principio, no una conclusión. Sin embargo, ¿cómo puede ser evidente si ha sido enunciado a lo largo de la historia de modos tan diversos y contradictorios? Polo hace ver esta diversidad y advierte inmediatamente: es posible ya empezar a darse cuenta de la dificultad de formular los primeros principios. La solución que propone —el conocimiento habitual— se encontraba enunciada en la tradición, pero no había sido llevada a efecto por ningún autor. No hay que extrañarse ni escandalizarse por este hecho, si es que la filosofía es la ciencia que se busca y además ha de dar razón de sus propios principios.

Conocer los primeros principios, afirma Polo, es conocer actos de ser, no enunciar leyes del pensar o leyes que debe cumplir la realidad. Un primer principio es un ser o no es «primero»; si además necesitara de otro de los primeros principios para ser, no sería «principio». Por tanto, los primeros principios han de conocerse como distintos, sin «macla» entre ellos, sin que, para ser primero, uno de ellos requiera de otro.

Polo propone tres primeros principios y sólo tres, algo también original; y además, distinguiéndolos de tal modo que ninguno de ellos «necesita» de otro para ser primer principio. Esto es cuanto menos llamativo, por no decir asombroso, puesto que siempre defendió, siguiendo a santo Tomás, que el ser se divide en dos, a saber, creado e increado. ¿Cómo mantener esta división sin dejar de sostener, a la vez, que la criatura también es un primer principio? Aquí es donde se manifiesta de modo explícito la originalidad y la novedad del planteamiento de Polo, a las que antes se ha hecho referencia. Él lo expresa así: «de esta manera topamos con un tema que ni la ontología griega ni la ontología moderna han sospechado: la proximidad entre la no contradicción y la causalidad». Efectivamente, los griegos no conocieron la creación y algunos idealistas modernos incurren en panteísmo. El principio de causalidad es —dice Polo— la vigencia del principio de no contradicción y el principio de identidad: son distintos pero el primero depende del segundo porque el principio de no contradicción es «principio» o comienzo y, en cambio, la identidad es Originaria. Dicho brevemente: el principio de causalidad es la demostración de la existencia de Dios sin necesidad de remontarse a una primera causa a través de una serie de causas intermedias o causas segundas.

NOMINALISMO, IDEALISMO Y REALISMO

Hace falta librarse de algunas tradiciones repetidas a lo largo de la historia de la filosofía para comprender que las formulaciones del principio de causalidad como «causa de efecto», «*causa sui*» o «causa de» carecen de alcance real. La causa, dice Polo, no es Dios sino la criatura, y es causa causada porque comienza y no culmina. O, como afirma en otra de sus obras, «la causalidad real es cierta consecutividad temporal real. Si de que algo sea no se sigue que siga siendo, entonces de que algo sea no se sigue que sea causa»¹.

Pero incluso liberados de prejuicios, no logramos alcanzar plenamente el sentido de este primer principio, y Polo lo advierte a pié de página, ya que «Dios crea en el Verbo..., y, por eso, sin revelación, mientras no conozcamos al Hijo, no sabemos ‘cómo’ Dios crea». Es decir, aquí la filosofía se acerca al misterio, aunque permite rechazar doctrinas que llevan a confundir la creación con el panteísmo, a Dios con la causa primera y la creación con una degradación del ser divino.

En el fondo Polo abre todo un campo de investigación: nos indica cómo se ingresa en ese campo, da los primeros pasos y señala cómo debe proseguirse. Pero la filosofía no es un sistema cerrado. Polo enlaza con la filosofía perenne y abre nuevos horizontes. Más no se puede pedir a un auténtico filósofo.

¹ Leonardo POLO, *Estudios de filosofía moderna y contemporánea, Obras Completas*, vol. XXIV, Euns, Pamplona, 2015, p. 57.